



OBRA INVITADA



EUGENIA Y LA MODA

La emperatriz Eugenia, se convirtió en un referente en el mundo de la moda durante el II Imperio, su estilo fue copiado por las clases burguesas que querían exhibir su poder económico, favoreciendo la industria textil francesa y creando la marca de París como capital del lujo.

Eugenia de Montijo tenía una gran afición por los vestidos, los zapatos, las joyas y los arreglos, en los que gastaba enormes sumas. Entre las muchas cosas que puso de moda se pueden mencionar los cuellos y los puños para montar a caballo, el escote para lucir los hombros, las redecillas para el pelo y los trajes de cola. Con su influencia sobre las mujeres del momento, incluso su defecto - tener los hombros caídos y lánguidos- fue potenciado por ella de tal manera, que todas las féminas trataban de imitarlos.

Fue sin duda la mejor cliente de Charles Frederick Worth, el diseñador más afamado y cotizado del momento. Creó para ella un extenso guardarropa: vestidos de gala, de noche, de corte y de día y trajes para bailes de máscaras.

Charles Frederick Worth

“Personaje indisolublemente unido a este momento fue Charles Frederick Worth (1826-1895), cabeza visible de la moda internacional. En medio de ambas figuras, pintor y modisto, destacó la singular personalidad de Eugenia de Montijo (1826-1920), emperatriz de los franceses y “emperatriz de la moda”. Su belleza y elegancia, sin olvidar su ascendencia y vinculación con España dejaron una profunda huella, a la que nos acercamos a través de sus retratos, grabados y fotografías. De las tintas negras de las estampas y fotografías, pasamos a una sinfonía cromática de blancos, azules, rojos y negros de la mano de Winterhalter, como pone de manifiesto el retrato de la condesa de Teba, obra invitada de este Museo.

Su delicado y exquisito gusto le permitió combinar la moda más internacional del taller de Worth con los detalles más pintorescos de raíz andaluza. De la mano de Eugenia de Montijo, moda y pintura lograron un perfecto entendimiento, añadiendo al título de emperatriz, el de embajadora de la moda”

Mercedes Pasalodos

El miriñaque

La exuberancia de las faldas de amplios volúmenes se apoyaba en una estructura artificiosamente arquitectónica, bautizada, en las revistas de moda nacionales, miriñaque, un armazón realizado primero con aros de crin de caballo prensados y más tarde con aros de acero. Esta estructura permitía a las mujeres liberarse de las múltiples enaguas que se usaban para dar volumen a la falda y gracias a ella se podían moverse con mayor soltura. La emperatriz Eugenia la adoptó enseguida y las mujeres de toda Europa no tardaron en imitarla.

Debajo de ella se solían llevar unos pantalones largos de lino que acababan en un encaje y llegaban al tobillo, mostrarlos era signo de elegancia. A pesar de esta “liberación” las faldas con crinolina se fueron evolucionando en tamaño, tanto, que en determinadas ocasiones resultaba complicado que dos mujeres pudiesen sentarse juntas en un mismo lugar.

Como contestación a esta moda surgió un movimiento encabezado por Mrs. Bloomer que intentaba inducir a las mujeres a adoptar un traje más sensato. Se trataba de una versión simplificada del corpiño, una falda ancha hasta la rodilla y unos pantalones holgados que llegaban hasta el tobillo. Este intento de reformar el traje femenino quedó en una mera anécdota, pues no tuvo gran acogida.